

LA CULTURA CATALANA
DE EXPRESIÓN CASTELLANA

ESTUDIOS DE LITERATURA, TEATRO Y CINE

STEWART KING (ED.)

KASSEL · EDITION REICHENBERGER · 2005

SUMARIO

Agradecimientos	VII
Contribuyentes	IX
<i>Stewart King</i>	
¿Un problema de identidad? La cultura catalana de expresión castellana	I

DEBATES Y POSTURAS

<i>Kathryn Crameri</i>	
La política cultural catalana (1980-2003) y los escritores catalanes de expresión castellana	15
<i>Stewart King</i>	
Escritores en castellano y la literatura catalana: una visión multiculturalista	31

EL CASTELLANO Y LAS NARRATIVAS DE IDENTIDAD EN CATALUÑA

<i>Joan Estruch Tobella</i>	
El català en la narrativa castellana escrita a Catalunya: Els casos de Mendoza, Marsé i Vázquez Montalbán	47
<i>William Sherzer</i>	
<i>La oscura historia de la prima Montse</i> : piedra angular literaria y cultural de la novelística de Juan Marsé	57
<i>David Knutson</i>	
Eduardo Mendoza: ¿novelista catalán?	73

Wendy-Llyn Zaza

- Memòries de la infantesa: decadència, desplaçament
i desesperança a *Luna lunera* de Rosa Regàs 85

Frederic Barberà

- La identidad determinada por la narración en *Muntaner, 38*
y *El vendedor de rosas* de José Antonio Garriga Vela 105

LENGUA E IDENTIDAD, TEATRO Y CINE

Verena Berger

- Presencia y ausencia del teatro castellano en Barcelona 123

Alfredo Martínez Expósito

- Ambivalencia, performatividad y nación en *La teta y la luna*
de José Juan Bigas Luna 143

Joan Ramon Resina

- Cultures i nacions en el context de la globalització. L'illa
com a metàfora en el film *El faro*, de Manuel Balaguer 161

¿UN PROBLEMA DE IDENTIDAD? LA CULTURA CATALANA DE EXPRESIÓN CASTELLANA

Stewart King

Al responder a una encuesta sobre la ubicación cultural de aquellos catalanes que escriben en castellano, Montserrat Roig comenta lamentablemente que “l’escriptor català ha tingut, i té, un greu problema d’identitat” (cit. Carbonell, 35). Para la escritora en lengua catalana, el problema de identidad que padecen los escritores catalanes es el resultado de la falta de normalidad cultural en Cataluña no tan sólo después de casi cuarenta años de una dictadura que desprestigiaba –cuando no prohibía totalmente– la lengua catalana, sino durante varios siglos en los cuales varias administraciones centralistas habían intentado imponer sobre el país una uniformidad cultural basada en la lengua castellana. Según Roig, la ausencia de una cultura “normal” es evidente al comparar la situación de los escritores suecos con la de los catalanes. Si bien en Suecia se da por sentado que un sueco que se dedica a la literatura va a escribir en sueco, no se puede asumir lo mismo para un catalán, quien se tiene que plantear en qué lengua va a escribir si quiere dedicarse a la literatura.

Tal elección, sin embargo, conlleva significantes implicaciones culturales y políticas para el escritor. Según el crítico literario mallorquín, Josep Maria Llompart, elegir una lengua literaria en un contexto cultural como el catalán demuestra el deseo de pertenecer a una cultura específica. En un artículo titulado «Literatura i societat» sostiene que emplear el catalán es símbolo de “fidelitat al país i a la pròpia identitat lingüística, cultural i nacional” y, como consecuencia, los que deciden escribir en castellano se desvinculan de Cataluña (109). Maria-Aurèlia Capmany –escritora en lengua catalana– incluso va más allá de la acusación de infidelidad por parte de Llompart y afirma que estos escritores forman parte del intento de colonizar culturalmente a Cataluña (cit. Carbonell, 18). A diferencia de Llompart y Capmany, Montserrat Roig distingue entre

tres grupos de escritores en castellano. El primer grupo son los “botiflers”, término catalán para describir a los llamados traidores que apoyaron a las fuerzas de Felipe V durante la Guerra de Sucesión Española. Los “botiflers”, según Roig, son los que escribían en catalán pero que cambiaron al castellano después de la victoria franquista. Para Roig, escritores “botiflers”, como Ignacio Agustí y José María Gironella, no pertenecen a la literatura catalana porque han renunciado a ella al escoger el castellano. El segundo grupo que menciona Roig son los inmigrantes o hijos de inmigrantes, como Paco Candel y Manuel Vázquez Montalbán, quienes no han tenido el contacto necesario con la cultura lingüística catalana para poder ponerse a escribir en catalán, pero que escriben desde y en un contexto catalán. El tercer y último grupo forma parte de la elite cultural de Cataluña, un grupo más bien cosmopolita, desvinculado de la cultura catalana e inconsciente de las implicaciones políticas de escribir en castellano en Cataluña (36).

Como destacan las opiniones de Roig, Llompart y Capmany la ubicación cultural y literaria de los catalanes que escriben en castellano es un tema de debate complejo y a veces acalorado. El objetivo de este estudio es analizar –desde diferentes puntos de vista– los productos culturales en castellano creados por catalanes dentro de un contexto socio-cultural catalán. Aunque los debates tratados hasta ahora se refieren a un ambiente literario, no se ciñen exclusivamente a la literatura, sino que afectan a una gama de profesiones culturales cuya herramienta principal es la lengua, por ejemplo, cantantes, dramaturgos, actores, directores de cine y de teatro, periodistas, agentes de publicidad, productores de televisión, locutores de radio, entre otros, y además tienen implicaciones para los ciudadanos catalanes en general. Sin embargo, como sostiene Kathryn Cramer en su contribución a este estudio (15-16), la literatura es el tradicional campo de batalla de estos debates.

EL CASTELLANO EN CATALUÑA

Para entender el significado actual del castellano en Cataluña hace falta repasar brevemente la historia de la lengua de Cervantes y su expresión literaria en el Principado. El castellano cuenta con una larga presencia en Cataluña, remontándose al siglo XV con la ascensión de la dinastía castellana de los Trastámaras a la corona de Aragón en 1412, tras el Compromiso de Caspe. Aunque los Trastámaras mantuvieron la cooficialidad de las dos lenguas vernáculas –la catalana y la aragonesa–, empezó a notarse un leve proceso de castellanización durante el reina-

do de esta dinastía. Este inicio cobró fuerza en 1479 con la unión de los Reyes Católicos, pero sólo llegó a consolidarse, según Martí de Riquer y Jordi Rubió, con la política castellanocéntrica de la dinastía de los Austrias, en particular, durante los reinados de Carlos V y Felipe II (Riquer 4, 442; Rubió *Humanisme*, 158). El desarrollo del castellano y el declive en el uso del catalán en el Principado se debieron a una variedad de factores, principalmente el predominio del castellano en la corte, sobre todo con la desaparición de ésta de Barcelona y su traslado a Madrid, y con los subsiguientes entronques de la nobleza catalana con la castellana (Riquer 3, 583; Cahner, 203-204, 211-212). También contribuyó al declive del catalán como lengua de cultura “alta” el prestigio de las letras castellanas y “la crisis de gusto poético” en la literatura de expresión catalana (Cátedra, viii). Dado que más escritores catalanes optaron por emplear el castellano y dado lo que Joan Ramón Resina llama “el ingenio cada vez más reducido de los poetas catalanes”, la literatura en catalán sufrió un período de llamada decadencia (291), tema que trataremos más adelante.

A pesar del lento proceso de castellanización que había comenzado en el siglo XV, la lengua oficial de Cataluña siguió siendo el catalán hasta el Decreto de Nueva Planta de 1716. A partir de esta fecha, la castellanización por adopción voluntaria cambió, y se convirtió, poco a poco, en una elección impuesta sobre el pueblo catalán debido a la aplicación de leyes que decretaron el uso obligatorio del castellano o la prohibición del catalán. Historiadores nacionalistas, como Josep Benet y Francesc Ferrer i Gironès, afirman que la represión del catalán ha contribuido al desarrollo del castellano como lengua de uso cotidiano y literario en el Principado. Por ejemplo, varios decretos reales en 1768 y 1857 prohibieron que la enseñanza tuviera lugar en catalán en las escuelas o insistieron en la enseñanza del castellano en 1834, 1838, 1849 y en 1870 (Ferrer, 35-51, 53, 65-70). También prohibieron la representación de obras de teatro en lenguas que no fueran el castellano en los decretos de 1801 y 1867 (Ferrer, 59-60, 71). En 1772 decretaron el uso obligatorio del castellano en libros de contabilidad y, en la Ley del Notariado de 1862, en los instrumentos públicos (Ferrer, 52; Benet, 26). Se insistió en las leyes del Registro Civil de 1870, de Enjuiciamiento Civil de 1881 y en el Registro de la propiedad de 1915 en la necesidad de traducir al castellano las lenguas extranjeras y los “dialectos” (Ferrer, 72, 75 y 107). En 1902 se proclamó que la enseñanza del catecismo tuviera lugar en castellano (Ferrer, 94-96). Tales medidas desmienten la afirmación del Rey Juan Carlos I en la presentación del XXV Premio Cervantes de que “a nadie se le obligó nunca a hablar en castellano” (cit. Culla i Clarà, 1).

A pesar de las proclamaciones a favor del uso del castellano –y por consiguiente contra el uso del catalán–, en el primer tercio del siglo XX el catalán consiguió apoyo institucional con la Mancomunitat en 1914 y con la restitución de la Generalitat en 1932. Durante el mandato de estas instituciones gubernamentales se fundó una serie de instituciones culturales como el Institut d'Estudis Catalans, la Biblioteca de Catalunya y la Junta de Museus y se promovió la normalización de una cultura catalana nacional al promocionar el catalán como lengua preferida entre los ciudadanos del Principado.

No obstante, los intentos de formar una cultura catalana nacional se vieron bloqueados primero por el escaso tiempo del que dispusieron la Mancomunitat (1914-1925) y la Generalitat (1932-1934, 1936-1939), segundo por los acontecimientos de la Guerra Civil, y posteriormente por la obsesión franquista con la unidad tanto política como cultural y lingüística de España. A raíz de su política unitaria, el régimen reprimió sistemáticamente todos los aspectos de la cultura catalana que amenazaban la unidad española según la entendía Franco. Se prohibió el uso público de la lengua, así como su uso y enseñanza en la escuela; se suspendieron los estudios catalanes en las universidades; se derribaron monumentos alzados en memoria de catalanes famosos; y los nombres catalanes de individuos y de pueblos fueron castellanizados (Benet; Jones, 241).

En su novela de 1966 Luis Martín Santos caracterizó la época franquista como un “tiempo de silencio” y esta metáfora es aún más válida en el caso de Cataluña porque la vida pública en catalán efectivamente desapareció debido a las leyes que prohibían su expresión pública. Para los catalanistas esto representó un desastre porque significó la desaparición de su cultura. Además, desde los años cincuenta en adelante Cataluña experimentaba una inmigración masiva procedente de las partes empobrecidas de España, una inmigración que contribuyó aún más a la ausencia de la cultura pública en catalán¹. Aunque Cataluña siempre había sido tierra de inmigrantes, la inmigración de la posguerra fue diferente porque se realizó cuando Cataluña no tenía la infraestructura para dirigir los efectos socioculturales de este fenómeno (Vicens Vives, 24). De este modo, la represión de la cultura catalana junto con la masiva inmigración procedente de otras partes de España cambió irrevocablemente la Cataluña “tradicional”. En un país donde la lengua –el catalán– era

1 El historiador BORJA DE RIQUER calcula que Barcelona sola recibió aproximadamente 1.8 millones de inmigrantes entre 1950 y 1975 (263).